

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA, José de Espronceda

Este poema narrativo consta de cuatro partes. La primera es la más breve, se destina a presentar a los protagonistas. Don Félix, en un ambiente nocturno y sobrenatural, acaba de matar a un hombre:

*Era más de medianoche,
antiguas historias cuentan,
cuando en sueño y en silencio,
lóbrega, envuelta la tierra,
los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
tácitas pisadas huecas,
y pavorosos fantasmas
entre las densas tinieblas [...]*

*Súbito rumor de espadas
cruje y un ¡ay! se escuchó;
un ay moribundo, un ay
que penetra el corazón.
Un ay de alguno que al mundo
pronuncia el último adiós.
El ruido
cesó,
un hombre
pasó,
embozado,
y el sombrero
recatado,
a los ojos
se caló.
Se desliza
y atraviesa
junto al muro
de una iglesia,
y en la sombra
se perdió. [...]*

Ese hombre es Don Félix de Montemar, que sube por la Calle del Ataúd, alumbrada solo por un candil. El tétrico paraje no le asusta: hasta los fantasmas huirían de él. En Salamanca todos admiran al Estudiante:

*Que su arrogancia y sus vicios,
caballescica apostura,
agilidad y bravura,
ninguno alcanza a igualar;
que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar.*

En la segunda parte, Elvira aguarda a Félix inútilmente, porque él ya la ha olvidado. Espronceda compara a la mujer con la Ofelia de Hamlet:

*Mas, ay, que se disipó
tu pureza virginal,
tu encanto el aire llevó
cual la ventura ideal
que el amor te prometió.*

*Hojas del árbol caídas,
juguetes del viento son;
las ilusiones perdidas,
ay, son hojas desprendidas
del árbol del corazón. [...]*

Elvira muere de amor, no sin antes haber escrito a Félix una carta de despedida, perdonándolo.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA, José de Espronceda

En la tercera parte, Don Diego de Pastrana, hermano de Elvira, busca a Don Félix para retarlo. Don Félix se muestra una vez más, cínico y arrogante:

*Calma, don Diego,
que si vos morís luego,
es tanta mi desventura
que aun me lo habrán de achacar,
y es en vano ese despecho.
Si se murió, a lo hecho pecho:
ya no ha de resucitar.*

La cuarta parte tiene más de mil versos. Don Félix ha matado a Don Diego y cuando regresa por la calle del Ataúd, ve a una mujer fantasmal rezando. Don Félix la corteja, haciendo caso omiso a las advertencias de la aparición, y aun a la presencia de espectros. De pronto, soledad y silencio: es la ciudad de los muertos, por la que pasa un entierro con dos cadáveres:

*Calado el sombrero y en pie, indiferente,
el féretro mira don Félix pasar,
y al paso pregunta con su aire insolente
los nombres de aquellos que al sepulcro van.
Mas cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
cuando horrorizado con espanto ve
que el uno don Diego de Pastrana era,
y el otro, ¡Dios Santo, y el otro era él!*

El estudiante se burla de ese error, y sigue tras la dama, hasta llegar a un extraño monumento, que es lecho y tumba a la vez. Félix pide a la dama que se descubra el rostro. ella le tiende su mano helada y seca, pero él, temerario, le levanta el velo: es un esqueleto. Los espectros los proclaman esposos, y don Diego lo confirma. Montemar continúa alardeando cínicamente:

*“En cuanto a ese espectro que decís mi esposa,
raro casamiento venísme a ofrecer;
su faz no es, por cierto, ni amable ni hermosa,
mas no se os figure que os quiero ofender.
Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
y espero no salga fallido mi plan,
que, en caso tan raro y mi esposa muerta,
tanto como viva no me cansará [...]”
El cariado, lívido esqueleto,
los fríos, largos y asquerosos brazos
le enreda en tanto en apretados lazos,
y ávido le acaricia en su ansiedad;
y con su boca cavernosa busca
la boca a Montemar, y, a su mejilla,
la ávida, descarnada y amarilla,
junta y refriega, repugnante faz. [...]*

Los espectros bailan una danza macabra, celebrando las bodas. Por fin, Montemar desfallece y muere. Llega la mañana; por Salamanca corre el rumor de que el diablo, disfrazado de mujer, se ha llevado al infierno a don Félix de Montemar.